

## “EL SUEÑO DE ADRIÁN “

Regresó un veinte de Enero que nevaba a todo nevar y la nieve tan intensa se le antojó a Adrián como una señal, tan blanca, tan suave, tan fría. En los treinta años que llevaba viviendo en Málaga ni había vuelto a ver la nieve ni había regresado nunca a su pueblo, a Bernedo, una pequeña población marinera de Galicia. Treinta años viviendo en Málaga con Ana, a la que conoció una tarde loca de verano paseando en Bernedo porque ella pasaba en el pueblo las vacaciones en casa de unos tíos. Ana tenía dieciocho años y se quedó embarazada. Adrián decidió irse con ella a Málaga y empezar a vivir allí. Ana le dio un hijo, pero además, le dio la vida.

Los años se fueron sucediendo y por unas cosas o por otras Adrián fue posponiendo el volver. Primero por dejadez, por estar demasiado ocupado con su vida de padre, esposo, el trabajo. Luego por comodidad, su hermana les visitaba en Málaga cada verano y le traía noticias. Después ya fue demasiado tarde cuando se dio cuenta de que la razón por la que nunca había regresado era la cobardía, el miedo. Hoy volvía para reencontrarse con algunos fantasmas de su pasado.

Adrián llevaba ya muchas horas de viaje y dormitaba recostado sobre su asiento del autobús de línea que conectaba cada hora la capital de la provincia con la villa marinera. “Uno a la hora” pensó, recordando que en 1979, su último año por allí, la frecuencia de los autobuses era de una sola conexión por día. Habían pasado mucho tiempo y esperaba encontrarse tantos cambios... La nieve hacía peligrosas las carreteras pero ahora no eran tan malas como las de antes, aquellas en cuyo asfalto se habían dejado la vida varios amigos de su pandilla que pasaron a engrosar las abultadas listas de fallecidos en accidentes de tráfico de finales de los setenta. Él se había salvado como por casualidad, igual que se había salvado de las consecuencias de la heroína que en los años 80 y 90 sembró de cadáveres jóvenes ese rincón aislado de Galicia. Adrián, una vez más, volvía a acordarse de los muertos.

Adrián se había ido de Bernedo con diecinueve años porque no le quedaba otra alternativa. Él y su hermana, dos años menor, vivían con su padre. Su madre había muerto hacía años. El padre era un marinero severo que imponía una disciplina rígida sobre él y su hermana y que le amenazaba con mandarle a la mar si no aprobaba los exámenes. Ninguno de los dos le quería. Adrián estudiaba un módulo de FP sin demasiadas expectativas. Ana llegó para Adrián como una salvación. Pero de una cosa no le salvó: de los recuerdos de sus antiguos amigos de adolescencia.

La mayor permisividad social y el mayor protagonismo de la juventud habían creado a finales de los 70 un caldo de cultivo ideal para las nuevas experiencias. Con sus amigos Adrián empezó a coquetear con las drogas, el hachís, la marihuana, el LSD, que ahora llegaban más fácilmente gracias a la conexión marítima más frecuente con Canarias y el norte de África. La heroína llegó justo el verano en el que se marchó a Málaga. Probar las drogas era más fácil porque no había mucho que hacer y los inviernos eran muy largos. Las tardes de cine de aventuras, los paseos por el muelle, las mofas a los dueños de tiendas de chucherías, los futbolines, y en verano las salidas a la playa y las chicas. Pero por encima de todo Adrián había aprendido que lo más importante era el compañerismo dentro la pandilla, la fidelidad y la lealtad al grupo que imprimía una identidad, la única a aquella edad que no se quería perder. Eras uno y eras el grupo. Cada barrio tenía su pandilla, y la defendías hasta la muerte. En treinta años no se había podido olvidar de las anécdotas vividas, de cada tarde de verano. Primero

pensó que se trataban de recuerdos infantiles sin más y no les dio más importancia, pero de un tiempo a esta parte esos recuerdos se repetían machaconamente.

Se acordaba perfectamente de cuando robó una moto con **Alvarito** en Santa Eugenia, del día en que junto a **Carlos** el de Impol les puso mote a todos los miembros de una pandilla rival del barrio, de la tarde en que en la cafetería Psychodelic y con Eric Clapton y Dire Straits sonando a tope probó su primer porro y a **Goyo** casi le tienen que llevar a urgencias con un ataque de asma, de las mañanas en la playa tumbados él, **Román** y **Anxo** bajo el sol con la resaca de la fiesta de la noche anterior riéndose a carcajadas y poniendo puntos a las chicas que habían conocido. En la pandilla Adrián ocupaba un lugar pequeño por su timidez, pero sólido y leal, cualquiera podía contar con él para una confidencia, no era un líder como Alvarito, tan enano y tan espabilado, ni era un insustancial como Juan, al que decían el Rompetechos porque era un patoso. Adrián era discreto, salvo cuando se trataba de acercarse a las chicas: ahí se crecía con lo que decían los amigos y se lanzaba a por todas, no le daba ningún corte y sabía que los otros le medio admiraban por eso. A crecerse le ayudaba el pedo del hachís y los colores sobrenaturales forzados por el LSD que daban risa y le hacían sentirse por encima del mundo, envalentonado.

A pesar del paso de los años todo estaba en su memoria, cada vez más vivo, cada vez más intenso. Pero muchos de aquellos amigos ya no estaban. Lo sabía por su hermana, que le contaba todo, y cada vez que le hablaba de una muerte más Adrián se iban sintiendo más cobarde, como si tuviera miedo de contagiarse al volver. Sin embargo, su mente le llevaba con frecuencia a aquellas escenas, algunas reales, ocurridas, otras inventadas por su cabeza, si no las soñaba dormido a veces hasta las pensaba y las imaginaba despierto, parecía que le atormentaran. Su vida estaba en Málaga, pero sus sueños le llevaban noche tras noche al Bernedo de finales de los setenta. Alvarito, Goyo, Carlos, Román, Anxo, Sebas el Trampas y todos los demás aparecían con su aspecto de adolescentes hablándole como entonces, en el mismo argot, en las mismas fiestas, liando los mismos porros, vistiendo los mismos vaqueros.

A uno de aquellos amigos, Anxo, se lo había encontrado en Málaga hacía un par de años por casualidad en el Paseo Marítimo. Se quedó sorprendido y no supo reaccionar, igual que cuando su hermana le telefoneaba para contarle que éste o el otro amigo de la pandilla había muerto de sida. Aquella tarde, en el Paseo Marítimo, Anxo le llamó identificándole. Adrián se volvió, le reconoció a pesar del paso de los años, el delgado Anxo de siempre, y se quedó paralizado, respondiendo frío al efusivo saludo de su amigo de adolescencia. No estaba preparado, “no, así no quiero que sea” se dijo, no lo esperaba, era demasiado precipitado, eran demasiadas las cosas que le tenía que decir a él y a los demás, y no las tenía puestas en orden en su cabeza. Cuando se despidieron Adrián quedó en silencio como atontado, se sintió extraño, ausente, hueco. Por la noche volvió a soñar con aquella época, justo la anterior a la entrada de la maldita heroína, justo la que él conocía bien.

A pesar de su enganche a la pandilla, a las juergas, a Adrián se le estaba empezando a quedar pequeño el pueblo con sus pescadores aguerridos, su ignorancia y el paro. Con aquellas primeras drogas y las fiestas locales las pandillas sobrellevaban mejor el aburrimiento, la abulia, mayores cuanto más mayor se iba haciendo uno. La noticia del embarazo de Ana llegó en el momento justo. Entre sollozos le dijo que se tendrían que casar. Adrián no supo que contestar. La madurez parecía haber hecho mella en su cerebro en un solo segundo. Y se fueron a vivir a Málaga presionados por los padres de ella. Adrián no sabía que no se puede romper tan bruscamente con una adolescencia tan intensa y placentera como la que el había vivido hasta entonces.

Adrián se había dormido completamente a la altura de Santa Eugenia, cuando faltaban apenas diez kilómetros para llegar. No había parado de nevar en todo el trayecto. En el sueño se vio a sí mismo bajando del autobús hundiendo sus tobillos en la nieve de la acera y divisando en un alto el antiguo camposanto. Se alegró de que no lo hubieran cambiado de sitio, de que la llegada de los avances modernos no se hubiera llevado los recuerdos demasiado lejos.

En el sueño le era difícil caminar sobre las aceras nevadas de Bernedo y más si, como él, no se conocían bien las calles porque habían cambiado tanto en treinta años. Leyó en un papel la dirección de su hermana “Travesía del Ferrol, 39”, el mismo número que el título de una canción de Queen, la canción que sonó en el entierro de Sebas, el Trampas, por expreso deseo del chaval que se lo había pedido a su madre. Se acordaba muy bien de que Sebas idolatraba a ese grupo, él fue quién le aficionó a escucharlo hasta que se convirtió en uno de los preferidos de Adrián. Supuso que después de comer diría a su hermana que se iba al cementerio porque tenía que saldar una cuenta con sus amigos muertos, y que ella no le entendería del todo pero callaría. Adrián ya no sabía distinguir entre sueño y realidad, se vio cogiendo el camino del Faro y subiendo la empinada y resbaladiza cuesta con dificultad hasta vislumbrar las rejas de hierro forjado. Estaba abierto. El frío era intenso y el viento azotaba la nieve depositada sobre las tumbas de mármol. Allí en un rincón la vio la primera, la foto de Carlos el de Impol, a los veinte años idéntico a como Adrián le recordaba. Su cuerpo se estremeció, suspiró profundamente. “Está ahí dentro” se dijo. Una lágrima recorrió su mejilla. Un poco más allá distinguió la de Sebas, El Trampas, con el mismo pendiente que llevaba siempre, y casi enfrente la de Alvarito. Su cuerpo volvió a estremecerse. Luego vinieron las tumbas de Román, Goyo, Juan, Emilio,...y así una lista interminable de horror. Entre sollozos, sintió que se derrumbaba sin fuerzas y se apoyó en la repisa de una tumba. No sentía el intenso frío de esa hora del día, casi oscurecía. Lloró todo lo que se puede llorar. Cuando ya no hubo luz y ya no le quedaban más lágrimas, se levantó y se marchó, no sentía las manos ni los pies y caminar de regreso a casa de su hermana fue como un calvario. No se cruzó con nadie, las calles estaban desiertas y entre la nieve y la oscuridad apenas pudo descubrir rincones familiares.

En ese preciso instante el autobús dio un giro en seco para evitar un deslizamiento por la nieve y Adrián despertó sobresaltado. En el sueño había cumplido su objetivo y se sentía liberado. Ahora bajaba la escalera del autobús en Bernedo treinta años después, en este 20 de Enero, y nevaba a todo nevar. Allí arriba, el cementerio seguía donde siempre. Y no reconocía casi nada más. Solo pensaba en Ana, su única heroína.

Josu Bilbao – Noviembre 2009